

## El Mundo Viejo Contra un Nuevo Mundo

Manuel Tagle

Córdoba, enero de 1974

«Señalemos otro síntoma de la crisis moral de nuestro tiempo: la tendencia al menor esfuerzo, la simulación del trabajo... En muchos sectores de la generación actual la gente sueña con la vida fácil, la comodidad sin conquista, la riqueza sin trabajo, como si este último fuera una maldición bíblica, cuando es una gracia divina y una prueba de salud total». **Oswaldo Loudet** (1).

Los conceptos de Viejo Mundo y de Nuevo Mundo merecen ser analizados a la luz de una perspectiva diferente de la tradicional. Si prescindiendo del elemento histórico-geográfico iluminamos ambas expresiones desde un plano filosófico e ideológico, advertimos que el esquema debe ser ahora invertido: mientras las grandes naciones del Viejo Mundo han construido un mundo nuevo, auténticamente revolucionario, capaz, por ende, de proporcionar el mayor bienestar social a todos los sectores, sin menoscabo de las libertades individuales, vemos a muchas naciones del Nuevo Mundo aferrarse a formas de gobierno anacrónicas y envejecidas, de características semejantes a las que produjeron la quiebra del Imperio Romano.

Mi memoria ha retenido un concepto significativo, que Arturo Capdevila pronunció en el discurso de presentación de Alberto Lleras Camargo, el día que «La Prensa» le otorgó el premio Alberdi-Sarmiento: «La noción de libertad es la única ley de progreso que ha conocido la historia... Cabe preguntar si hemos sido fieles al mandato que recibimos de los constituyentes, el mandato de realizar una revolución dentro del marco del liberalismo. América, acontecimiento geográfico, tiene el deber de hacer de este nuevo mundo un mundo nuevo, de conformidad con sus propios principios». Se emplea ahora a diestro y siniestro la palabra revolución ¡qué político no la carga como el pan cotidiano en sus alforjas! como expresión, no precisamente de libertad, es decir, de progreso, sino de totalitarismo político, concebido con el designio jacobino de sacrificar la libertad en el altar de la igualdad. Una revolución así consumada lleva en su seno el germen de un lamentable retroceso.

### ***La grandiosa revolución liberal***

En la historia de la humanidad, el autoritarismo ha precedido en muchos milenios a la libertad, concepto éste esencialmente moderno, que apareció como una tardía conquista a medida que los pueblos fueron cercando y limitando el poder sin límites del gobierno unipersonal, llamárase autocracia, monarquía absoluta o, simplemente, dictadura. El concepto de estado de derecho que resume la sustancia de la democracia moderna es un producto grandioso del liberalismo y no admite parangón, por su genuino carácter revolucionario, con el autoritarismo nivelador al cual quieren reconducirnos los «contrarrevolucionarios» alistados en la extrema izquierda, cuyo repertorio se agota en la ilusión de convertir la sociedad en una malsana polvareda de átomos idénticos. Si suprimimos la libertad de conciencia, el respeto de las minorías, la división de los poderes del estado para preservar su autonomía, la noción de que «el rey toma su poder de la ley, y

no la ley del rey», ¿no habremos retornado, según la experiencia de las naciones totalitarias, a la más negra noche de la historia?

### ***La Argentina, al cabo de 30 años de «regresión»***

Los argentinos tenemos al alcance de la mano la propia experiencia, para saber los efectos el altísimo costo que el país debió pagar por apartarse hace 30 años del liberalismo, en un acto de infidelidad al espíritu de Mayo y de los constituyentes.

Se nos dice que el país se ha industrializado, lo cual es cierto; pero se calla que para alcanzar ese objetivo se derrocharon capitales, afectándolos mediante privilegios irracionales a la organización de una estructura ineficiente, incapaz en gran parte de competir con su producción en los mercados mundiales. Se afirma que hemos dejado de ser «la huerta» del mundo, concepto que también expresa la verdad, penosa de que ahora producimos el 60 por ciento de los granos que cosechábamos hace 35 años. Sostiénese que la riqueza fue mejor distribuida, con olvido de que los 150 pesos mensuales que ganaba un obrero eran equivalentes a unos 200 mil pesos de la debilitada moneda de nuestros días. Y hasta se presenta como una conquista un régimen de previsión social que, figurando entre los más costosos e inflacionarios del mundo, tiene la rara virtud de obligar a quienes se jubilan a seguir trabajando si aspiran a vivir decorosamente.

En el haber de aquella época «ominosa» nunca se computan sus realizaciones, que sólo maliciosamente pueden cuestionarse o desconocerse: los 34 mil kilómetros de vías férreas que ya en 1913 surcaban el desierto, gracias a la confianza que gobiernos anti demagógicos supieron despertar en los grandes centros financieros del mundo; los 443 mil kilómetros de líneas telefónicas tendidas en la misma época, que nos situaban por amplio margen a la vanguardia de los países latinoamericanos; otro dato lapidario: cuando el hombre nacido en el año que la Constitución cumplía 63 años de edad, la Argentina ocupaba el 80. lugar en el mundo por la importancia de su intercambio per cápita importación más exportación dividido por el número de habitantes con 207 dólares, cuyo poder de compra era equivalente a más de 500 unidades de la misma moneda de nuestros días. Tal suma es un 150 por ciento superior a los 200 dólares que registra el intercambio per cápita de 1972 60 años después y supera en el 400 por ciento a los 110 dólares del año 1964, que señala el momento culminante de la declinación.

### ***El contraste de Canadá***

Por si estas cifras no bastarán para convencer a muchos recalcitrantes, obstinados en sacrificar la verdad a determinados esquemas ideológicos, nada más ilustrativo que comparar nuestras actuales dificultades con el espléndido crecimiento de Canadá, un país con el cual rivalizábamos hace 40 años en un plano de relativa igualdad. Extraigo la información que sigue del editorial «El ejemplo de Canadá», que «La Prensa» publicó el 20 de agosto de 1971. En 1928, los dos países vendían al mundo producciones similares por valor de 1,500 millones de dólares unos 3,000 millones de moneda de valor actual. Deflacionando las cifras, en 1971 la Argentina exporta por 1,500 millones de dólares que obviamente representan apenas unos 750 millones referidos al poder de compra del dólar en 1929 en tanto Canadá vende por 14,000 millones. Nosotros tomamos una orientación «nacionalista libertadora», y los canadienses siguieron siendo liberales y «dependientes»;

buscaron y obtuvieron inteligentemente la colaboración de los capitales foráneos, de cuya contribución al progreso de la gran nación da cuenta el monto de la inversión que ya en 1954 ascendía a mil millones de dólares. Desde 1930 hasta 1963 la producción agrícola canadiense incrementándose en el 75 por ciento, mientras la nuestra descendió caso único en el mundo Occidental. La minería, que en 1945 produce en Canadá por valor de 500 millones de dólares, sube 20 años después a 4,000 millones de la misma moneda. Las inversiones en la extracción y explotación del petróleo, que en 1965 llegaron a 1,000 millones de dólares, han convertido a la gran nación cuya producción era en 1943 comparable a la nuestra en uno de los más grandes productores del mundo. Súmese a ello que el 45 por ciento de la población en edad escolar ingresa en las universidades, formando un trágico contraste con el 1.200,000 analfabetos y los 9 millones de semianalfabetos que existen en la Argentina.

Canadá, parte integrante del «Nuevo Mundo» ha logrado construir un mundo nuevo, por obra de la economía del mercado, sustentada en los mismos presupuestos filosóficos y espirituales que han convertido a los Estados Unidos, las naciones liberales de Europa y Japón, en los países más progresistas y auténticamente revolucionarios del orbe.

La Argentina, cada vez más hostil al liberalismo y más aferrada al camino opuesto, recoge de la siembra la cosecha inevitable, al cabo de 30 años de obstinación en el error: inflación, dirigismo, y una profunda crisis moral, cuyo desenlace resulta a esta altura imprevisible. El nuevo gobierno ha escogido como modelo para su política económica una de las expresiones más típicas del «mundo viejo», reñida con nuestras apetencias de transformarnos en un país «nuevo»: trátase de una reedición del «Plan Hindenburg», concebido en la Alemania de hace medio siglo para someter todas las actividades económicas a la absorbente voluntad del gobierno. El plan fracasó y fue desmantelado, pero Hitler no se dejó convencer y resolvió reimplantarlo, con las consecuencias conocidas. En la Alemania de la cuarta década se lo conoció con un nombre especial: «Zwangswirtschaft». Su inconfundible filiación nacionalsocialista no alcanzó a disimular su afinidad con el pensamiento económico de Marx, interesado igualmente en reemplazar «la anarquía de la producción capitalista por un plan único, emanado de una autoridad central».

Íbamos volando en un «jet» supersónico, que había convertido a la promisoría economía argentina en la 8a. del mundo, y resolvimos adoptar en su lugar un helicóptero estacionario dotado de la propiedad de impresionarnos con el ruido. Al reemplazar hace 30 años la economía de mercado por la filosofía del «mundo viejo», la Argentina se apartó tozudamente del camino que condujo a los países del Viejo Mundo a un mundo nuevo, en cuyo ámbito sus privilegiados beneficiarios empresarios y obreros disfrutaban de un bienestar que ningún colectivismo ha sido nunca capaz de alcanzar.

---

(1) Reproduzco, por su actualidad, este concepto del prestigioso escritor, que figura en el artículo «La crisis moral», publicado en «La Prensa» el 31 de marzo de 1963.